

REPÚBLICA DE CHILE



DIARIO DE SESIONES DEL SENADO

PUBLICACIÓN OFICIAL

LEGISLATURA 336^a, EXTRAORDINARIA

Sesión 36^a, en martes 10 de marzo de 1998

Especial

(De 19:25 a 21:11)

*PRESIDENCIA DEL SEÑOR SERGIO ROMERO, PRESIDENTE
SECRETARIO, EL SEÑOR JOSÉ LUIS LAGOS LÓPEZ, TITULAR*

ÍNDICE

Versión Taquigráfica

	<u>Pág.</u>
I. ASISTENCIA.....	
II. APERTURA DE LA SESIÓN.....	
III. ORDEN DEL DÍA:	
Despedida a Senadores por término de mandato.....	

VERSIÓN TAQUIGRÁFICA

I. ASISTENCIA

Asistieron los señores:

--Alessandri Besa, Arturo
--Bitar Chacra, Sergio
--Calderón Aránguiz, Rolando
--Cantuarias Larrondo, Eugenio
--Carrera Villavicencio, María Elena
--Cooper Valencia, Alberto
--Díez Urzúa, Sergio
--Errázuriz Talavera, Francisco Javier
--Feliú Segovia, Olga
--Fernández Fernández, Sergio
--Gazmuri Mujica, Jaime
--Hamilton Depassier, Juan
--Horvath Kiss, Antonio
--Huerta Celis, Vicente Enrique
--Lagos Cosgrove, Julio
--Larraín Fernández, Hernán
--Larre Asenjo, Enrique
--Lavandero Illanes, Jorge
--Letelier Bobadilla, Carlos
--Martín Díaz, Ricardo
--Matta Aragay, Manuel Antonio
--Mc-Intyre Mendoza, Ronald
--Muñoz Barra, Roberto
--Núñez Muñoz, Ricardo
--Ominami Pascual, Carlos
--Otero Lathrop, Miguel
--Páez Verdugo, Sergio
--Pérez Walker, Ignacio
--Piñera Echenique, Sebastián
--Prat Alemparte, Francisco
--Ríos Santander, Mario
--Romero Pizarro, Sergio
--Ruiz-Esquide Jara Mariano
--Siebert Held, Bruno
--Sinclair Oyaneder, Santiago
--Sule Candia, Anselmo
--Thayer Arteaga, William
--Urenda Zegers, Beltrán
--Valdés Subercaseaux, Gabriel
--Zaldívar Larraín, Andrés

Actuó de Secretario el señor José Luis Lagos López, y de Prosecretario, el señor Carlos Hoffmann Contreras.

II. APERTURA DE LA SESIÓN

--Se abrió la sesión a las 19:25, en presencia de 19 señores Senadores.

El señor ROMERO (Presidente).- En el nombre de Dios, se abre la sesión.

III.- ORDEN DEL DÍA

DESPEDIDA A SENADORES POR TÉRMINO DE MANDATO

El señor ROMERO (Presidente).- Esta sesión, convocada por los señores Comités, tiene por objeto despedir a los señores Senadores que concluyen su periodo legislativo.

En estos momentos me parece muy importante expresar, en nombre de la Corporación que presido y en el mío propio, algunas palabras para agradecer muy sinceramente el aporte, dedicación y eficiente trabajo de todos y cada uno de quienes hoy día terminan su mandato como Senadores.

Luego de ocho años de trabajo en un Senado que he denominado fundacional, con las particularidades propias del proceso de transición, estoy cierto de que la opinión pública ha podido apreciar que se han cumplido con creces los objetivos que de él se esperaban, como, en primer término, ser un lugar de encuentro y de búsqueda de grandes acuerdos dentro de las legítimas divergencias de quienes lo conforman.

Los Honorables señores Senadores y las señoras Senadoras que terminan ahora su mandato, así como aquellos a los cuales aún resta la mitad del mismo, han sabido demostrar al país una auténtica visión de Estado en el tratamiento de las iniciativas legales que les ha correspondido conocer, permitiendo con ello disminuir las diferencias y avanzar resueltamente en la senda de progreso y desarrollo para Chile y su pueblo, que es, sin duda, el norte de nuestra acción.

Pueden estar seguros, todos y cada uno de quienes mañana harán dejación de su cargo, que el trabajo, esfuerzo y dedicación desplegados durante estos años han quedado indeleblemente escritos en la historia republicana del país, porque ustedes de verdad han sido protagonistas de un importante periodo de la historia de Chile.

Abrigamos la sincera esperanza de que el ejemplo de la Cámara Alta marque el camino a seguir en el futuro, y de que esta Corporación, en forma

permanente, continuará, con patriotismo, lealtad y eficiencia, el trabajo de sus Comisiones y de la Sala tal como ha sido hasta ahora.

Queremos desear a quienes nos dejan el mayor de los éxitos en las actividades que cada uno emprenda a partir de mañana, manifestándoles, en todo caso, que en estas bancas del Senado permanecerán imborrables en nuestros recuerdos sus intervenciones, sus iniciativas en bien del país y -por qué no decirlo- una amistad muy sincera, surgida a lo largo de la extensa jornada vivida en conjunto.

En nombre de la Corporación, de los Honorables señores Parlamentarios presentes y de los funcionarios, que han tenido la misión y el orgullo de trabajar en este Senado fundacional que culmina su tarea para dar paso a aquel del próximo milenio, me permito despedir hoy a quienes concluyen su mandato, reiterándoles, en nombre del país, del Congreso Nacional y en especial del Senado, nuestro sincero reconocimiento y gratitud y los expresos deseos de éxito y bienestar futuro.

Ofrezco la palabra.

El señor FERNÁNDEZ.- Pido la palabra, señor Presidente.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Senador señor Fernández.

El señor FERNÁNDEZ.- Señor Presidente, despedimos hoy a un grupo de colegas y amigos que concluyen sus funciones en el Senado.

Es inevitable que duela terminar esta etapa de caballerosa camaradería, y muy a menudo de amistad, tras haber compartido ocho años de intenso trabajo. Durante ellos hubo momentos de acuerdo, de discrepancia, de solemnidad y también de humor.

Compartimos igualmente horas de profundo dolor cuando, apenas enterado un año de la reanudación de sus funciones, esta Corporación, por primera vez en su historia, debió sufrir la pérdida de uno de sus miembros más sobresalientes e inolvidables: Jaime Guzmán, víctima de un asesinato político sin precedentes.

Sufrimos también la pérdida, por su prematuro fallecimiento, de otro gran amigo: el Senador César Ruiz Danyau. En el breve tiempo que trabajó con nosotros dio amplia muestra de cuán valiosa habría sido su participación legislativa, si hubiera podido completarla. Reciba su memoria nuestro afectuoso homenaje.

Fueron años de satisfacciones y sinsabores, de logros y reveses. A cada uno de nosotros siempre nos parecerán menores las realizaciones legislativas

alcanzadas que las aspiraciones iniciales que teníamos para este período de servicio público.

Sin embargo, en el balance de la etapa que concluye, podemos tener la tranquila conciencia de que todos, sin excepción, desplegamos el máximo esfuerzo personal. Nos exigimos en toda la medida de nuestras capacidades y terminamos este período con el convencimiento de haber hecho un aporte al avance y al bien común de nuestro país.

Fueron, asimismo, años de prueba, porque los ojos de Chile estaban redobladamente atentos al desempeño de este Senado, bajo una nueva Constitución y una nueva democracia.

Pensamos que el juicio histórico será favorable a esta Cámara que integramos, pues, en su conjunto, aportó importantemente a la consolidación de la nueva institucionalidad democrática.

En efecto, la conjunción de las muy diversas perspectivas y criterios de los integrantes de este Senado contribuyó a dar estabilidad al país, así como también expresión y tranquilidad a todos sus habitantes.

No buscamos ahondar las heridas del pasado, sino abrir caminos para reconciliar y aproximar a chilenos que antes fueron separados por la más profunda crisis política de este siglo.

En esa labor, a veces muy visible y reconocida, a veces silenciosa o incomprendida, es justo destacar la función decisiva que correspondió a los Senadores institucionales, de los cuales tuve el gran honor de formar parte.

Provenientes ellos de las más altas magistraturas de la República que antes sirvieron, entregaron su valiosa experiencia en los variados campos que la Constitución prevé.

Así, el Senador Ricardo Martín aportó una gran versación jurídica, unida a su invariable sentido de equidad. Y en un momento breve, pero de enorme trascendencia para la democracia chilena, fue el primero en presidir este Senado.

El Senador Carlos Letelier, poseedor de una cultura jurídica igualmente vasta, la entregó con una ponderación y una hombría de bien que siempre contribuyeron a la elevación del debate.

Uno y otro encarnaron una constante búsqueda del equilibrio y la rectitud que se adquieren con una vida de consagración a la judicatura.

Así, también, el Senador William Thayer aunó el saber académico, la experiencia ministerial y política, la agudeza del análisis jurídico y una particular

preocupación por el mundo del trabajo. A mi juicio, sus estudios sobre la naturaleza y función del Senado en el constitucionalismo moderno permanecerán como piezas verdaderamente clásicas.

Al Senador Santiago Sinclair le correspondió, por cierto, la delicada tarea de entregar su saber en los campos propios de sus altas funciones institucionales anteriores. Añadió a ello una capacidad diplomática notable, comprometida siempre con el acercamiento de posiciones divergentes.

El Senador Ronald Mc-Intyre hizo otro tanto, y agregó muy valiosos elementos de juicio en diversas áreas de gran complejidad técnica y relevancia nacional, como el Derecho del Mar y la pesca.

No menos complejas son las áreas vinculadas al gobierno interior, el orden público y la seguridad ciudadana, en cuyo análisis destacó siempre la experiencia del Senador Vicente Huerta.

Es de recordar igualmente el aporte de todos ellos en los difíciles problemas del área internacional que hubimos de conocer, a veces reservadamente.

He querido dejar la mención final, en este breve homenaje, a la Senadora señora Olga Feliú. Su inmensa erudición en las materias más variadas, su energía, la acerada defensa de sus tesis, su laboriosidad, hacen que su paso por el Senado haya sido un capítulo de brillo indiscutible, así reconocido, muy merecidamente, por todos.

Me referiré y mencionaré solamente, por cierto, a quienes integran mi bancada.

En esta etapa de consolidación democrática, la voz de los Senadores institucionales fue siempre de medida, buen sentido y ánimo patriótico de ahondar el encuentro entre todos. Su mira estuvo constantemente en el mañana de Chile, antes que en las diferencias pasadas o contingentes.

Para los Senadores institucionales no hubo partidos. Mucho más allá de las simpatías políticas de unos u otros, incluso de los afectos regionales de unos u otros, nos guió siempre sólo lo que creímos que era el bien común de Chile.

He hablado en especial de los Senadores institucionales, porque en esa calidad me honra haber integrado el Senado durante la presente década.

Sin embargo, es justo rendir homenaje a los demás Senadores, de todas las tendencias, que hoy terminan asimismo su labor. Cada uno de ellos, desde sus legítimas perspectivas doctrinarias o personales, coincidió en el objetivo de bien

nacional que todos compartimos. Eso es lo que hace de esta Corporación la Institución respetada que es.

A todos por igual nuestro reconocimiento, nuestro aprecio y nuestra amistad. Y a todos por igual nuestros afectuosos votos por el éxito en las actividades a que ahora se dediquen, tal vez con menor apremio del que rige los trabajos senatoriales.

A quienes mañana se incorporen al Senado, nuestros mejores deseos de éxito. Confiamos en que en la nueva etapa que se inicia prevalecerá la misma elevación de miras que ha hecho de esta Alta Cámara legislativa un lugar de encuentro respetuoso para el pensamiento político de todos los sectores, sin exclusiones, sin rencores.

No serviríamos bien a Chile si permitiésemos que el Senado de la República se redujese a una simple arena más para el choque de apasionamientos contingentes. Para eso existen abundantes otras instancias.

Este Hemiciclo es un espacio privilegiado para el debate de ideas, de posiciones versadas; para la confrontación de razonamientos; para la ponderación madura de las mejores soluciones que se buscan para nuestro país.

A ese respecto, corresponderá a los nuevos Senadores institucionales una función muy especial y gran responsabilidad. Sus muy destacados antecedentes permiten anticipar que la cumplirán con la misma consagración que sus predecesores.

Y confío en que los nuevos Senadores, cualquiera que sea su origen o tendencia, querrán y podrán mantener la atmósfera de serenidad, de tolerancia, de respeto recíproco que corresponde a la dignidad del Senado y a la dignidad de Chile.

He dicho.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Honorable señor Siebert.

El señor SIEBERT.- Señor Presidente, Honorables colegas, en estos momentos deseo compartir con Sus Señorías algunas reflexiones.

Al finalizar mi período como Senador de la República se cierra una de las etapas que he cumplido como servidor público. Con mucho orgullo puedo afirmar que 50 de mis 64 años han sido entregados a la defensa nacional, al desarrollo de mi patria y a la unidad de mi país. Éste es el principal patrimonio que hoy puedo exhibir a mis conciudadanos.

Si pudiese definir lo que ha sido el trabajo de estos años sólo tengo una palabra: **lealtad**. Lealtad con mi patria, lealtad con mi Región, lealtad con el Ejército

de Chile al cual serví durante 40 años, lealtad con mis electores y una profunda lealtad con el Senado de la República, Institución cuya seriedad y dignidad nunca debieran estar amenazadas por las pasiones y los oportunismos políticos.

Llegué a esta Cámara para proyectar aquellos valores y principios que heredé y todos aquellos que me entregó el Ejército, y que no tienen otro fin que la grandeza de esta tierra y sus habitantes.

Dentro de los próximos días regresaré a mi zona, donde deseo seguir colaborando con el trabajo de tantos que la han convertido en una de las más bellas y laboriosas del país. Allí está mi gente, que hace ocho años me eligió Senador de la República. Espero seguir aportando mi esfuerzo y experiencia en defensa de aquellos hombres de trabajo amenazados por políticas agrícolas y monetarias, a mi entender, equivocadas. Quiero seguir luchando por preservar una cultura campesina que evite el despoblamiento de los campos. Pretendo, además, continuar siendo un categórico defensor de la actual institucionalidad, sin la cual Chile seguiría siendo un país amenazado y sin futuro.

Siento hoy especial satisfacción al comprobar que muchas de las ideas y conceptos que hace más de dos décadas inspiraron a los hombres de las Fuerzas Armadas y de Orden y a aquellos que nos rodearon, son parte de los programas y tareas de casi la mayoría de los actuales partidos políticos. Mientras esta realidad continúe vigente, Chile podrá seguir avanzando hacia su pleno desarrollo con abundancia de oportunidades y un amplio espacio para el ejercicio de las libertades individuales.

Vayan mis palabras de agradecimiento y de reconocimiento para mi esposa y mi familia por su permanente apoyo, por sus consejos y orientaciones, a fin de poder cumplir lo mejor posible con mi tarea de Senador, y a mis camaradas del Ejército, cuyo espíritu de sacrificio y amor a Chile me sirvieron de ejemplo en momentos difíciles.

En esta oportunidad quiero expresar mi profundo aprecio a todos mis colegas del Senado, de los variados partidos políticos, por la deferencia y afecto que de ellos siempre recibí.

Mi especial reconocimiento y gratitud hacia todos aquellos que me secundaron en mi labor, a los profesionales y funcionarios en general de esta Corporación, quienes, con su eficiencia, dedicación y buena voluntad, hacen posible y más llevadera la importantísima función de un Senador.

Igualmente, quiero hacer extensivos mis agradecimientos a todos los representantes de los medios de comunicación, los cuales, mediante su difusión, nos ayudan en nuestras responsabilidades.

Esto me alienta a pensar que cuando se actúa con altura de miras, buscando el bien común y con realismo político, se pueden hacer cosas grandes por el país. Si no se equivoca el camino, esta Alta Cámara puede ser también el mejor ejemplo para reencauzar a los miles de chilenos hoy marginados de los asuntos públicos.

A todos ustedes, mis amigos, les deseo un futuro lleno de éxitos y felicidades.

Nuevamente, muchas gracias.

He dicho.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Honorable señor Valdés.

El señor VALDÉS.- Señor Presidente, no es fácil expresar sentimientos que se agolpan en la mente, en el recuerdo de ocho años, durante los cuales hemos convivido en esta sociedad que formamos, donde se da un fenómeno muy particular: la unidad y, al mismo tiempo, la diversidad, que es la esencia de la democracia; la participación de gente distinta y, a la vez, la unidad en un propósito, que es resolver problemas que atañen a la República.

Lamentaré enormemente la ausencia de quienes nos dejarán esta tarde. Me acostumbré a todos y cada uno de ustedes. Soy particularmente sentimental desde el punto de vista de las personas; me cuesta enojarme con la gente, me enoja más bien con las ideas. Y cuando algunas personas encarnan ideas, ¡qué le vamos hacer!

Sin embargo, aquí realmente he visto un esfuerzo, que constituye un paradigma de lo que debería ser Chile: un lugar de encuentro por excelencia.

Recuerdo muy bien el día en que llegamos al Congreso: no teníamos donde sesionar, pues quienes eran autoridad nos instalaron precipitadamente en un edificio inconcluso.

Nuestro amigo Beltrán Urenda nos decía que la construcción del Parlamento estaba terminada; pero, en realidad, ello correspondía a su sueño, a su amor, a su deseo, a su voluntad y a su ansiedad por que el Congreso funcionara en Valparaíso. Además, me hizo firmar algunas cartas para concretar nuestra estadía en la Quinta Región.

Recuerdo también el momento de nuestro juramento, realizado en la sala que hoy se halla habilitada como comedor. Todos estábamos nerviosos, pues no sabíamos de que se trataba, excepto quienes tenían experiencia como Parlamentarios. Juramos, y después nos dimos cuenta de que la forma de la Sala de Sesiones sólo nos permitiría mirarnos de lado. Entonces, comprendí que desde esa posición no podríamos dialogar, lo que supone estar frente a frente. En efecto, la única forma de entenderse es mirándose a los ojos, pues así disminuye considerablemente la posibilidad del desacuerdo.

Tuve dificultades, porque no me sentía con autoridad para realizar cambios en esta majestuosa mole. Sin embargo, encontré el sorprendente apoyo -que no olvido- de uno de los Senadores a quien consideraba el más peligroso entre los de esa época: don Sergio Onofre Jarpa. Conversé con él, lo traje al edificio y solicité su ayuda para que en la Sala no tuviéramos que estar mirando sólo al Presidente y al enorme telón de cobre ubicado detrás de la testera, sin posibilidad de vernos las caras. De inmediato llamamos al constructor y, con un gasto que nunca se reveló, pero que fue esencial, se remodeló la sala, la cual ahora presenta una aproximación a lo griego, pues los Senadores se ubican en semicírculo -la Izquierda, a la izquierda; el Centro, al centro, y la Derecha, a la derecha-, mirándonos todos. Así se hizo.

A partir de ese momento empezamos a perder la desconfianza inicial, que fue muy grande. Muchos Senadores -entre ellos, algunos de los que nos dejábamos bastante temor. Había aquí -y todavía los hay- algunos de los que fueron relegados a la isla Dawson, o los que habían sido encarcelados o exiliados, y al frente o al lado de ellos, se ubicaban quienes habían sido Ministros o funcionarios en el Gobierno militar. ¡Prueba mayor no se puede dar en un país! En ese momento, prevaleció el sentido de lo que es el Senado. Dominó la historia y la tradición, que en el país tiene una influencia muy poderosa y que, a veces, muchos pretenden despreciar para realizar cambios profundos, aun cuando se sabe que después del esfuerzo para hacerlo todo de nuevo, se vuelve a lo mismo.

Hay cosas que no pueden cambiar. Hay momentos y circunstancias en que debemos encontrarnos; y aquí lo hacemos con asiduidad, perdiendo esas costras que habíamos acumulado, las cuales todavía existen en algunos, pero que ahora más bien constituyen un vapor de desconfianza, pues no son sólidas.

Hemos hecho un esfuerzo enorme. Aprendimos a respetarnos, a conocernos y a discutir. Quienes ocupamos las bancas de Gobierno tenemos la clara convicción de ser mayoría en las urnas; sin embargo, en la práctica no es efectivo.

La prueba ha sido grande. Como dijo el Honorable señor Hormazábal, los Senadores de Oposición, que nos comprenden en otras materias, deben comprendernos también en esto.

El esfuerzo que hemos hecho no ha sido fácil. No quiero excluir a nadie, porque todos han colocado de su parte.

Éste ha sido el cuadro en el cual nos hemos movido. Tal vez no ha sido bien apreciado por el país, pero Chile sabría de una pérdida atroz si no hubiera Senado. Uno cuenta con lo que nos rodea y llora cuando se pierde, tal como sucede con la madre: la suponemos viva siempre y empezamos a quererla definitivamente cuando ya no está. ¡Ahí es cuando la echamos de menos!

El Senado en la República es como la madre. Podrán pasar muchas cosas, pero aquí está con funcionarios, mecánicas, tradiciones y Reglamento. Llegamos a cierta hora -unos más temprano, otros más tarde- nos juntamos y nos vamos a nuestras respectivas comisiones. Ello es un valor inapreciable.

Se alejan hombres muy ilustres y mujeres muy notables. Se va Anselmo Sule, gran amigo. Dudo que exista alguien en América Latina que no sea amigo del Senador Sule. No he comprobado la experiencia en Europa, pero me consta que así ocurre en los países más grandes del continente. Perdió la nacionalidad chilena y se la dio el primer país en que estuvo de paso: Uruguay. Pienso que todos se la habrían dado, porque es un gran político, un excelente amigo, un hombre de mucha sabiduría y equilibrio, que posee condiciones humanas realmente excepcionales. Vamos a echar de menos a Anselmo.

También se va María Elena Carrera, gran señora de ideales que compartió su vida con los seres queridos que amaba, y cuya obra ella continuó. Fina e inteligente. Tenemos pocas mujeres en el Senado y se va una.

Igualmente se aleja Rolando Calderón, a quien conocí muchos años antes, cuando él permanecía en el ostracismo y el destierro. No sé cómo entraba y salía subrepticamente del país. Poseía un arte y un oficio que en esa época era frecuentado por muchos. Dio una gran lucha en su zona. Él es muy expresivo de ella. Por su valor y coraje llegó al Senado y ha mantenido una participación siempre clara, seria, concreta y leal a sus grandes ideales de los cuales jamás va a renegar.

También quiero referirme a don Arturo Alessandri. No sé qué voy a hacer, porque desde un primer momento he estado pareado con él. Gran amigo. Hombre de arte, de cultura, de trabajo e inteligente; alegre. Hará falta, porque su humanidad y -por qué no decirlo- también su nombre, constituyen algo que

pertenece al Senado. Lo vamos a echar de menos y espero que pronto llegue un hijo suyo a esta Corporación para que nos acompañe, porque existe una tradición en la República en cuanto a que un Alessandri esté por estos lados.

También nos deja Alberto Cooper. Siempre lo he visto como un hombre callado; serenense, serio, aplicado y dedicado a su trabajo. Una persona que ha realizado honorablemente y con mucha dedicación su trabajo de Senador.

¡Para qué decir de Eugenio Cantuarias! Extrañaremos al actual Vicepresidente: una persona inquieta que no puede frenar su propia personalidad y, a veces, su lenguaje, pero con una inteligencia vibrante y una simpatía natural. En política tiene gran porvenir. No sé si llegará al nivel de Salas, pero por ahí puede estar, porque posee muchas condiciones para hacer “dribbling” y, en un momento dado, colocar varios goles que son de fabricación casera.

Miguel Otero será asimismo una ausencia muy notable. Nos hemos acostumbrados no solamente a los debates con la Senadora Feliú en que la juridicidad constituye el “ring” de una discusión frecuente, sino también a la afirmación del Derecho luminoso, que se hace más brillante cuando se es experto en la rama procesal. En esa materia él abarca muchísimos campos. Su aporte ha sido esencial y su actitud de participación, de trabajo y de energía, ha aportado al Senado una gran eficiencia. Su contribución ha sido extraordinaria.

Me cuesta referirme a Sebastián Piñera, porque lo que una vez dije refiriéndome a su padre cuando me tocó despedirlo, también podría aplicarlo a él. Sebastián tiene iguales condiciones, y lo extrañaremos, porque agrega a su talento la simpatía, la alegría, la constructividad. Hay algunos Senadores que son más bien cuidadosos en oponerse a las cosas; pero Sebastián supera los obstáculos, y en vez de oponerse a que se haga dos, ofrece cuatro; de manera que está más allá del bien y del mal, más allá del tiempo -que no lo respeta mucho-, y más allá de la imaginación. Hará falta en el Senado, pero vamos a tenerlo cerca, pues ocupa muchas más páginas en los diarios y televisión en los momentos en que se va del Senado que cuando era Senador. Flotará como un ánima que en cualquier momento va a volver, por razones que desconozco, pero que pueden darse.

Bruno Siebert ha sido representante legítimo de los alemanes del sur: sólidos, estables. Llegaron hace muchos años, y saben mucho de trabajar la tierra, de caminar bajo el agua, de distinguir los animales unos de otros. En este caso debo agregar su formación militar, que fue más severa y notable al inicio de su período que al final. Esto es una gran cosa, porque los hábitos militares son buenos en

función de la eficiencia que esa profesión requiere, aunque no necesariamente adecuados en esta Corporación (con el perdón del Senador señor Sinclair). Estoy hablando de un tema delicado; mañana no me atrevería a decir esto.

Quiero llegar a Enrique Larre, mi apreciado amigo, mi socio en la defensa de nuestras queridas provincias; gran unionino, gran caballero de quien he aprendido lo poquísimo que sé de agricultura, porque lo único que hago es repetir lo que él nos ha enseñado. Sólido, de gran prestigio; en su zona, amigo de los pobres y de los ricos; ejemplar agricultor, y hombre dedicado en el Senado a los asuntos atinentes a educación y a agricultura, a los que ha aportado trabajos excelentes. Lo vamos a echar mucho de menos. Mucho.

No quiero olvidar a ninguno de mis colegas. Es difícil hacer estos recuentos, porque ahí está Ricardo Martín, a quien conozco por tantos años. Además del esfuerzo que él realizó en su época en materia jurídica, aquí ha tenido una función particularmente atractiva para todos nosotros, porque ha representado los derechos humanos. Lo ha hecho con gran dignidad, y con un sentido del humor que en el Senado es realmente muy necesario mantener para que no todo sea algo ríspido y aburrido.

A Vicente Huerta lo conozco desde comienzos de los años 60. Él dice que ha representado al Partido de los Verdes; pero lo veo "rosado", y muy alegre; bien. Ha participado con discreción y caballerosidad en todos estos afanes.

A don Sergio Fernández lo iba a despedir, pero se cambió de sombrero, cambió de profesión, de situación; y apareció en otro lado. Seguramente va a seguir -está siguiendo-, de tal manera que no le digo nada.

Don Carlos Letelier es una personalidad que ha distinguido al Senado. Silencioso, tranquilo, caballero, muy fino; ha dado su lección cuando ha sido necesario. Diría que es el árbitro que uno querría en el Senado. Si aquí hubiera un pleito, don Carlos sería el árbitro, porque no hay nadie que no tenga confianza en él. Lo que dice, se cumple.

En cuanto a don Santiago Sinclair, por de pronto quiero decirle que yo, que no soy un modisto, creo que es el hombre más elegante del Senado. Si ustedes lo han mirado... Corbata, camisa, chaqueta de "sport". Verano, invierno... Distinguido. Ha defendido sus principios con energía, a veces en forma un poco dura, al pensar que se afectaba a su Institución; pero le tocó un período difícil, porque ejerció su función cuando las cosas eran muy inmediatas. Lo ha hecho con gran calidad, con mucha humanidad, con notable sentido de caballerosidad. Es un

muy buen representante de las Fuerzas Armadas, si éstas tuvieran que estar representadas en el Senado, cosa de la que no estoy para nada convencido. Porque pienso que con seguridad, así como el ex general Siebert llegó por votos, el general Sinclair también podría hacerlo. Sería mucho mejor para él y para todos nosotros, porque tendría una provincia a la cual poder irse.

Mencionaré ahora a mi querido amigo, antiguo colega de Gabinete, quien se retiró del partido en que ambos militábamos, sin que yo me diera cuenta por estar en el extranjero. Algo le quedó, como a tantos otros. Hablo de William Thayer. Es un hombre de gran espíritu, de una capacidad de porfía intelectual extraordinaria, la que siempre luce con elegancia e inteligencia, ya que ha hecho un esfuerzo gigantesco, histórico, mayor que el de don Mariano Egaña, para cambiar la naturaleza del Senado de la República. Y en la tarde mostró su último discurso, pretendiendo que el Senado es una cosa distinta de lo que realmente es, ha sido y será. Lo respeto porque es un hombre de principios. Prefiero sus principios religiosos y doctrinarios, a sus principios políticos. Pero se ha hecho respetable, y siempre interviene con seriedad, con pasión y con una enorme devoción hacia el servicio público, que ha sido la constante de su vida en todos los distintos cargos que ha desempeñado. Generalmente los que estamos en estas bancas nos declaramos en desacuerdo con lo que dice. Pero a él le importa poco, y a nosotros no nos preocupa, porque actúa con distinción, agrado y simpatía.

No puedo hablar de espaldas a Olguita, a quien mucho quiero y admiro. Va a ser difícil un Senado sin ella, como va a ser difícil un Senado sin todos ustedes, No hay proyecto donde no intervenga, ¡Siempre les encuentra defectos, pero, generalmente, atinados! No es que sea negativa. Sucede que es perfeccionista, muy perfeccionista, y sabe mucho Derecho. A mí me abisma cómo cita las leyes. A veces pienso que, en la distracción nuestra, ella puede nombrar la N°14.224, ¡y no es tal la ley!, pero quedamos convencidos de que lo es. Si ella lo dice, ése debe ser el número de aquélla. Es una persona que a veces preocupa por su temperamento; pero es dedicada, generosa. Lo digo como ex Presidente del Senado: fue una colaboradora excepcional en el momento en que había que construir toda la armazón administrativa de la Corporación. Dedicada, inteligente, sabia, femenina, lo cual la hace mucho más peligrosa desde el punto de vista de nuestra propia vulnerabilidad. Conoce de las materias, de finanzas, de Derecho. Creo que ha desempeñado el papel de contralora en el Senado, aunque siempre con simpatía, con inteligencia y, normalmente, terminando sus intervenciones con la frase de que hace "expresa

reserva de constitucionalidad", especie de oración religiosa que ella invoca como podría invocar a la Virgen del Carmen.

Me queda mi otro vecino y compañero de Comisión: el almirante. Él es una persona de apariencia algo hosca, pero en realidad es extremadamente cautivante, sincero. Franco, como todos los marinos; con algo de ideas fijas acerca de algunas cosas, particularmente de ciertos países vecinos, a los cuales no oculta su falta de simpatía, y que son nortes que lo guían. Pero ésa es una tradición que data -entendiendo- del siglo pasado, que él respeta, y yo también.

El almirante Mc-Intyre es una persona distinguida, y hombre de buen humor. Recalco esto, porque ojalá que quienes lleguen también aporten ese valor que han tenido los que se van: el buen humor, la falta de enojo y el no hacer del Senado un lugar con ripio y problemas.

A los nuestros que se van, a los míos que se van, no los puedo nombrar porque no están aquí; anoche los despedimos. Sólo voy a decir que Arturo Frei tuvo una actitud destacada en materias de defensa nacional. Y así se ha reconocido, pues ayer obtuvo una condecoración de parte del Ejército de Chile, sin precedentes en nuestra historia para un Senador. Se trata de un hombre que ha cuidado ese campo con una devoción, una lealtad y un conocimiento extraordinarios.

Todos recordamos a Nicolás Díaz a propósito de la hora de Incidentes (a la antigua me refiero, que era más larga que la de ahora, porque yo, por mi edad, tengo más paciencia que el actual Presidente). Nos quedábamos solos: él hablando y yo presidiendo, o viceversa. El Senador Díaz es un asturiano; enérgico, inteligente, bueno como el pan, admirable, generoso, enamorado de su zona, de la fruta, de sus ideales. Desgraciadamente, no pudo venir, debido a que su esposa se encuentra en delicado estado de salud.

He dejado para el último a un hombre brillantísimo, que hoy nos ha dado una lección, no sólo de oratoria -nos ha hecho recordar los grandes tiempos de Mac-Iver, los grandes tiempos de otras épocas-, al expresarse en forma admirable, comprensiva, elocuente e ilustrada sobre un tema tan interesante, difícil y profundo como el que hoy día ha ocupado a esta Corporación.

El Senador Hormazábal es un hombre bueno que debería haber seguido aquí. Su carácter recio, muy cercano al español y al mejicano, explica un temperamento que todavía no ha podido ser dominado por el atardecer tranquilo de Los Andes, cuya sombra proyecta calma. Como decía el gran político Cruz-Coke, todos los chilenos estamos sometidos a la cordillera de Los Andes, zona y mina de

hierro, y el hierro, proyectado a los chilenos, los hace de buen carácter, tranquilos, pacíficos e incapaces de pelear. ¡Claro que esto lo dijo él antes de 1973!

Éstos son los amigos que se nos van. Todos irremplazables, porque no hay nada más irremplazable en el mundo que una persona. Cada quien es distinto del otro. Dios (para los que creemos en Dios, aunque pienso que llega un momento en que todos creemos en Él) nos hace distintos, y ésa es la riqueza.

Los que vienen harán una cosa diferente.

Yo saludo con afecto, con cariño, a los que se van, y les digo que aquí harán mucha falta.

Muchas gracias, señor Presidente.

El señor ROMERO (Presidente).- A usted, señor Senador. Sus palabras han sido muy atinadas.

Tiene la palabra el Honorable señor Díez.

El señor DÍEZ.- Señor Presidente, nuestro ex Presidente, don Gabriel Valdés, que presidió la mitad de este período, ha hecho una semblanza de los Senadores que nos dejan que yo comparto completamente y que no sería capaz de hacer con la finura y elocuencia con que Su Señoría lo ha hecho.

Quisiera recalcar algunas cosas de este Senado, que hoy termina su primer período de ocho años.

Este Senado tenía una responsabilidad muy grande, cual era la de recrear la tradición parlamentaria de la República. Y así como el General Pinochet dijo ayer “Misión cumplida”, creo que esta Corporación, después de ocho años, puede decir que cumplió su misión de hacer renacer la tradición parlamentaria, en lo cual fue un aporte muy significativo el de algunos Senadores que nos dejan.

Los analistas políticos dirán que el sitio donde la transición se fue construyendo y se hizo más patente fue en el Senado. Éste fue el lugar donde se llegó a acuerdo entre las distintas fuerzas políticas en materias muy importantes para la estructuración de esta nueva República, en la cual hemos participado.

Asimismo, el Senado fue un lugar de especial ejemplo para la reconciliación nacional. Recuerdo que cuando llegó el Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación, muchos temimos que los tomos que lo conformaban fueran objeto de un apasionado debate político que hiciera revivir viejas heridas y separar lo que tanto había costado empezar a unir. Sin embargo, el Senado fue capaz de otorgar, por unanimidad y sin debate, su voto de aprobación en el tema, quizás el más difícil y más candente de la época. Porque este Senado, a pesar de estar

compuesto por personas que tenemos cierta edad, y de haber caído a veces en la costumbre de los viejos de recordar y discutir sobre cosas pasadas, ha mostrado la virtud de ser un elemento positivo para la construcción del futuro.

El tratamiento de materias tan importantes como la legislación laboral, la normativa tributaria, la modernización de una serie de elementos de nacionalidad que aún están pendientes, y el análisis de una serie de iniciativas encaminadas a paliar los efectos de los años dolorosos de Chile, tuvieron siempre en este Senado el estudio y la comprensión necesarios. Y a ello contribuyeron de manera muy importante los Senadores que se van.

No voy a repetir lo que ya dijo el Honorable señor Valdés. Pero no hay duda de que, después de encontrarse aquí hombres tan vinculados al Gobierno militar y a sus otras instituciones como el General Sinclair y el Almirante Mc-Intyre, con personas que fueron ex Ministros del Gobierno de Allende u objeto de medidas represivas durante el Gobierno militar, emergió, con más fuerza que el recuerdo del pasado, la realidad de que somos un país, y un país que todavía tiene que construir su futuro.

Eso se vio en el Senado. Se vio en la generosidad de un Calderón; en la apertura, en el trabajo y en la habilidad política de Anselmo Sule; en la preparación, la modestia y la finura de la Senadora Carrera, y se vio también en la excelencia parlamentaria del Senador Hormazábal, que no sólo es un buen orador, sino un hombre que cumple muy bien sus tareas. En la Comisión de Trabajo demostró que conoce en profundidad la materia. Muchas veces no coincidimos en los puntos de vista; sin embargo, creo que nuestra visión básica del humanismo cristiano, reflejado y aplicado a las esferas laborales, ha tenido un legítimo representante en el Honorable señor Hormazábal, así como también los trabajadores han tenido un legítimo representante en el Senador Calderón en la misma Comisión.

Y así hemos convivido estos años en esta Corporación.

Tenemos que reconocer que no sólo los Senadores de las Fuerzas Armadas dieron ejemplo de esa suprema virtud que es la prudencia; también los demás Senadores institucionales -institución que ellos saben que yo no comparto-, indiscutiblemente nos dieron, en esta etapa de la evolución política chilena, un ejemplo: un ejemplo de lealtad al Senado, un ejemplo de trabajo, un ejemplo de orden, de asistencia, de cumplimiento del deber. El Honorable señor Valdés ya señaló las características ciertas de Olga Feliú, a quien vamos a necesitar. Recuerdo el trabajo del Almirante Mc-Intyre en las Comisiones de Pesca y de Relaciones

Exteriores, y del General Sinclair, perteneciente a una institución que, evidentemente, ha sido señera e importante en la historia de Chile en los últimos años. De los ex miembros de la Excelentísima Corte Suprema, destaco su preparación, su afabilidad y su buen humor. Cada vez que se necesitaba un consejo en materia jurídica en la Comisión de Constitución, cada vez que había un tema difícil en que nos enredábamos en la redacción de una norma, pedíamos a don Carlos Letelier que nos trajera una proposición para el día siguiente en los términos que nosotros estábamos pensando. Y ahí aparecía don Carlos con la tarea cumplida. Es evidente que ellos han prestigiado una institución, por la forma y la prudencia con que han ejercido sus cargos.

Lo mismo puedo decir del General Huerta. Debo recordar que cada vez que enfrentábamos un problema de seguridad, de orden público y de fuerza pública teníamos siempre el discurso profesional, acabado y completo del General Huerta que nos proporcionaba la información que necesitábamos.

Ése es el Senado que hoy nos deja.

En la Democracia Cristiana, he nombrado a Ricardo Hormazábal. Pero, sin querer repetir toda la lista que dio Gabriel Valdés, no puedo dejar de mencionar a Arturo Frei, quien en los delicados momentos de la transición, en los que estaban de por medio las relaciones cívico-militares, y sobre todo las relaciones políticas de los militares, tuvo esa visión de país, esa amabilidad e inteligencia para servir de puente. Y con razón lo condecoró el Ejército, porque el país le debe mucho a esas cosas que no se ven, pero que van construyendo, porque dicen relación con la reconstrucción del alma de un pueblo, que es el juntar las almas de los hombres que forman parte de él. Por eso, no puedo cometer la omisión de no recordar a Arturo Frei.

Tampoco puedo dejar de traer a colación a Nicolás Díaz, con quien me siento tan unido en materias valóricas, y cuya formación doctrinaria y política comparto en gran medida. Confieso que echaré de menos la presencia de Nicolás Díaz en muchas de las materias que tenemos pendientes.

De las bancas de la Unión Demócrata Independiente, el gran ausente es Jaime Guzmán. El país le debe mucho y él le pudo dar mucho más a Chile. Las palabras para recordar el dolor que nos produjo su asesinato se ahogan cada vez que uno se acuerda del tema.

De la UDI también nos deja transitoriamente, porque tiene vocación política, mi amigo y compañero de Mesa del Senado, Eugenio Cantuarias, quien,

con su inteligencia, energía, voluntad y capacidad, no hay duda de que -quizás cuando ya nosotros no estemos porque somos mayores- volverá para brindar su experiencia, trabajo y alegría a esta Corporación.

Y queda por mencionar los que están detrás de mí, los míos de Partido y de corazón.

En Arturo Alessandri, Gabriel Valdés ha recordado la honrosa tradición jurídica que la familia Alessandri ha construido en el Senado, así como lo que esta Corporación debe a la conducta y a la forma de actuar que tuvieron los Senadores Alessandri; no sólo a ese gran líder republicano que fue su abuelo Arturo, sino también a su tío Fernando, creador de gran parte de las tradiciones republicanas de este Senado, con su rectitud, su bonhomía, su prudencia, y, sobre todo, con la fuerza que tiene más potencia en política, que es la fuerza de la bondad.

Detrás mío también se encuentra William Thayer, con quien no compartimos los puntos de vista políticos sobre el Senado, pero sí los valores cristianos en muchas materias, principalmente en sus inquietudes valóricas, y cuya experiencia y conocimiento en materia laboral -aunque no estuvimos de acuerdo con él en el último proyecto de reforma laboral- debemos reconocer y agradecer.

Cuando llegué al Senado, mi compañero de Partido era alguien a quien apenas conocía: Sebastián Piñera. Creo que hay conciencia en la Corporación acerca del aporte y del valor de Sebastián Piñera; de su preparación, seriedad, trabajo, imaginación, creatividad, espíritu de servicio público, franqueza y limpieza para plantear sus cosas. Empresario y Senador respecto del cual todo el país siempre supo dónde estaban sus empresas y qué hacía Sebastián Piñera. Todo era claro, transparente, como debe ser. Lo echaremos de menos. Yo no sé si Sebastián vuelva al Senado o siga esa tradición del Senado que hace Presidentes de la República, como quiso a Frei y ha tenido candidatos como Arturo Alessandri.

Otro Senador que vamos a echar de menos en el área de la Constitución y de la legislación -en la cual trabajo- es Miguel Otero, Presidente de la Comisión de Constitución, Legislación, Justicia y Reglamento, cargo que yo desempeñé también en el pasado. Él ha sido el inspirador de gran parte de nuestras reformas procesales. En realidad, más que el inspirador -lo que quizás tenga más fuerza en el Parlamento- ha sido el carpintero de las cosas. Porque Miguel Otero las imagina y las escribe. Y, a veces, lo hace en demasía: se "pasa" por escribir los detalles y por no dejar el trabajo inconcluso. No hay duda de que el Senado lo necesita. Creo que la universidad lo va a aprovechar y yo espero que nuestro

institutos de investigación política cuenten con su cooperación. Es un hombre que también tiene vocación política, de manera que no sería raro que en un renacimiento de la Derecha chilena tengamos de nuevo a ese dirigente liberal y Senador de Renovación Nacional que es Miguel Otero.

Nosotros somos el Partido del cual se alejan más compañeros Senadores. Se va Enrique Larre, con quien compartimos en la Cámara de Diputados y después en el Senado. Gran caballero, como decía Gabriel Valdés. Es un hombre cálido, recto, preparado, mucho más preparado de lo que la opinión pública cree en las materias que son de su incumbencia, como lo saben quienes han trabajado con él en las Comisiones.

Otro hombre -también vinculado a nuestra agricultura y nuestra tierra- que tiene gran influencia en la conformación sociológica de Renovación Nacional, es Alberto Cooper, ingeniero agrónomo cuyo aporte en diversas Comisiones del Senado, como en la de Transportes y en la de Agricultura, fue valioso, pues no obstante ser silencioso y modesto, jamás faltó a su trabajo ni tampoco faltaron sus aportes e ideas en las materias que llegaron a su conocimiento.

También nos deja el General Siebert -perdemos en esta oportunidad nuestra vinculación directa con las Fuerzas Armadas y con el Ejército-, quien fue un gran aporte para nosotros y para el país, no sólo por su formación militar y su vinculación con el pasado, pues su paso por el Ministerio de Obras Públicas permitió efectuar reformas tan importantes como la ley de concesiones. Todos reconocemos que su criterio en el manejo del Ministerio, del personal, de las concesiones y de la forma en que Chile debía enfrentar sus obras civiles, por llamarlas de alguna manera, implicaba en él un conocimiento acabado y completo.

Ése es el Senado que termina hoy. Un Senado que, a mi juicio, cumplió un rol fundamental, más allá de su poder legislativo. Un Senado que contribuyó en gran medida a la reconciliación nacional y a crear el concepto -en el que hay que insistir cada vez más- de que la política no es sólo el área del debate de las ideas, sino, más que eso, el lugar de encuentro para la construcción. Es el área, más que del debate de las ideas, del aporte de las ideas, el cual nos lleva al convencimiento de que no siempre tenemos la razón; de que quien no piensa como nosotros no está equivocado ni carece de rectitud, y de que hay -y ése es el valor de la democracia- visiones distintas, verdaderas, sobre una misma cuestión, porque cada uno la aprecia desde un ángulo diferente.

No podemos lograr la cosa real para construir el país si no existe el ánimo de encontrar la resultante de todos y de aplicar nuestras ideas considerando las del adversario y estando conscientes de que éste tiene el mismo respeto por las nuestras.

Soy un Parlamentario de muchos años. Ingresé al Congreso Nacional en 1957. Soy el más antiguo, junto con mi amigo y colega el Senador señor Lavandero. Tengo el recuerdo de lo que era el otro Parlamento, como también lo tiene el Honorable señor Sule. Y, honestamente, sostengo que este Senado es mejor, por el ánimo del antiguo. Aquí la gente viene menos a luchar y más a construir. Hemos dado un vuelco esencial en la madurez política del país. A este Senado se puede traer cualquier problema, y el bien común aparece, claro y señero, de las intervenciones de todos. Aquí se cumple el aforismo de que los partidos políticos son medios para lograr el bien común.

Éste es el ejemplo más claro. La idea de que la política es sólo la lucha por el poder ha sido contradicha acá por los hechos. En este Senado ha tenido más valor la construcción que el deseo de hacer triunfar nuestros propios puntos de vista.

Si tenemos fe en que seremos capaces de construir una unidad completa en nuestro pueblo, para abordar juntos las tareas del futuro, que son tan grandes -grandes son también las esperanzas de que esta generación pueda, en buena medida, contribuir a solucionar los problemas endémicos de pobreza, incultura y falta de expectativas-, debemos recoger la lección que dio al país el primer Senado después de 17 años sin Parlamento.

Es factible construirlo todo, debatirlo todo. El acuerdo se puede lograr sobre las más difíciles materias. Sabemos que nos queda mucho por perfeccionar: en la investigación, en la técnica, etcétera. Pero durante estos años hemos construido algo más importante que eso: encontramos en la Cámara Alta -y de ello son testigos y protagonistas los señores Senadores que se van- el alma de la República.

Echaremos de menos (y no sólo personalmente; soy más sentimental de lo que parezco) a los colegas que terminan su período. Quiero que sepan que reconocemos las virtudes que cada uno de ellos nos ha mostrado y que estamos dispuestos a tratar de suplir su ausencia. Y esperamos que quienes lleguen, siguiendo esta vieja tradición de cadena de la República, nos permitan mantener las virtudes que este Senado logró reconstruir.

Muchas gracias.

El señor ROMERO (Presidente).- Estoy impresionado gratamente, no sólo por la calidad de las exposiciones, sino también por el número de señores Senadores inscritos para intervenir. En verdad, no pensé que iba a surgir este debate acerca de lo que somos.

Aún no hablan seis oradores. Pero, siendo escaso el tiempo disponible -ya es habitual-, propongo levantar la sesión a las 21. Para ello, deberemos conceder cinco minutos a cada uno de los señores Senadores que restan.

Tiene la palabra el Honorable señor Alessandri.

El señor ALESSANDRI.- Señor Presidente, quiero hablar los cinco minutos (como decía el “Viejo León”, aquí citado) con el corazón en la mano.

Deseo dar las gracias a todos los señores Senadores con quienes he convivido estos 8 años, que han pasado volando. Y agradezco muy especialmente los conceptos vertidos por mis queridos amigos Gabriel Valdés y Sergio Díez, quienes se han explayado sobre mi persona en forma, seguramente, exagerada.

Si yo hubiera sabido lo difícil que sería dar este agradecimiento en público y de muy adentro del corazón, a lo mejor habría optado por la reelección, ahorrándome este trámite...

Pero, verdaderamente, ha sido una experiencia única. Y estoy muy orgulloso de haber pertenecido a este nuevo Senado, que -como se ha repetido aquí en forma brillante- ha sido el continuador de la democracia de la República de Chile, desarrollando una obra extraordinaria.

Y quiero destacar también la labor de don Gabriel Valdés como primer Presidente y organizador del Senado que se echaba a andar con un motor nuevo, que estaba en rodaje, lo que fue difícil.

En este momento, rindo homenaje a don Gabriel Valdés por la forma como condujo este Senado en sus primeros años. Ello, por supuesto, sin desmerecer a quienes han continuado esa obra, que lo han hecho brillantemente.

Por otro lado, junto con la pena inmensa que significó el terrible asesinato de Jaime Guzmán, deseo recordar a nuestro querido Secretario del Senado don Rafael Eyzaguirre, muy amigo mío, a quien hoy día rindo homenaje nuevamente, porque con don Gabriel Valdés, “discutiendo siempre de lo lindo”, echaron a andar este Senado en forma brillante.

Estimados amigos, quiero agradecerles todas las deferencias, las simpatías y la acogida de que me hicieron objeto. La forma en que hemos trabajado y llevado adelante los debates contradice -como aquí se expresó- la pugna que podría existir por motivos políticos e ideológicos.

No hemos tenido, sí, éxito en algo: en mostrar al país lo que es el Senado, en exhibir su labor. Creo que faltó difusión.

La gente siempre habla de los políticos y del Congreso en forma un tanto despectiva. Y yo, que he convivido con ustedes durante 8 años, conozco cómo se trabaja en la Cámara Alta; sé de la seriedad y dedicación que cada Senador pone a sus labores, mirando siempre -como aquí se destacó- el bien del país.

Queridos amigos, me despido de todos ustedes: de los que se quedan y de quienes se alejan. Seguramente, nos veremos de vez en cuando, porque nuestros caminos se separarán. Pero siempre llevaré grabado en el corazón el recuerdo de todos ustedes: de su simpatía, de su amistad, de la forma como hemos convivido; de la manera como hemos coincidido en muchas cosas y disentido en otras, pero casi siempre poniéndonos de acuerdo para adoptar todas las medidas conducentes a beneficiar al país.

Por lo tanto, amigos míos, con el corazón en la mano, me despido de ustedes y les agradezco por estos 8 años, que no me habría perdido por nada del mundo.

He dicho.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Honorable señor Gazmuri.

El señor GAZMURI.- Señor Presidente, hoy día hemos tenido dos sesiones que, en cierto sentido, expresan momentos de particular densidad histórica que está viviendo nuestro país en este proceso, ya un poco largo, para reconstituir la plena democracia.

Las opiniones dadas en sesión anterior tanto por los Senadores señores Núñez, Ominami y Bitar, de estas bancadas, como por los restantes oradores muestran una cara de nuestra realidad político-institucional: que, sin perjuicio de los grandes avances en el proceso de democratización, todavía no tenemos pleno acuerdo sobre la arquitectura institucional de Chile. Y, sin duda, ésa es una tarea pendiente.

Éste es un momento en que, a mi juicio, resulta indispensable también valorar la otra cara de la medalla: los avances que ha logrado nuestra sociedad en los últimos ocho años en reconstruir, no sólo una institucionalidad democrática, sino, además, una cultura de la democracia.

Porque la democracia no es únicamente instituciones y normas, sino asimismo valores, hábitos y conductas que deben hacerla viva. Y, desde antiguo, es el Parlamento -en Chile y en el resto del mundo- la institución por excelencia, el domicilio de la democracia y el lugar de la garantía del Derecho. Somos no sólo

representantes de la soberanía popular: somos la defensa del Derecho. Y el Derecho siempre defiende a los más débiles de la sociedad.

Este Senado -algunos han dicho “fundacional”; creo que no: felizmente, en Chile la Cámara Alta tiene ciento ochenta años-, sin duda, ha sido muy peculiar en la historia del país, porque ha debido iniciar el camino de la reconstrucción democrática después de los tiempos dramáticos de la división de esta nación y de la destrucción de nuestra convivencia civil.

En tal sentido, estimo que podemos estar orgullosos del trabajo hecho en estos años. Imperfecto, seguramente; con diferencias incluso respecto de nuestra propia Constitución. Pero, a pesar de esas limitaciones, herederos de una larga tradición republicana. Porque han pasado por acá muchos de los más ilustres servidores del país; muchos de los hombres que, desde el siglo pasado, han conducido los destinos de Chile; muchas de sus figuras intelectuales, políticas y morales, que han ido conformando el alma de la nación y el perfil de nuestro país.

Recordaba el Honorable señor Valdés -quizás es una metáfora, en ese aspecto, afortunada- que hace ocho años juramos en un edificio a medio construir. Teníamos que reconstruir -y no hemos terminado aún-, restaurar una plena democracia, como instituciones y como cultura en Chile.

Y ésta es la casa donde tienen espacio para desarrollarse virtudes como la tolerancia, el espíritu crítico. Es éste el lugar de la razón y no de la fuerza; del principio de la mayoría, que a veces hemos echado de menos en la composición de este Senado. Aquí está la representación de la diversidad de la nación, en toda su complejidad; porque la unidad de la nación no es la unidad de un cuerpo uniforme: es la identidad común que expresa la diversidad social, cultural, étnica, de esta patria que se ha ido construyendo y que denominamos “Chile”. Y pienso que, en eso, todos hemos hecho un esfuerzo sincero, que queremos saludar esta tarde.

Estas bancadas, señor Presidente, pierden a tres destacados Senadores. María Elena Carrera, la integrante más antigua de esta Corporación; ingresó en 1967, y, desde entonces, ha sido una mujer admirable, de principios y calidez humana. Rolando Calderón, dirigente sindical, Ministro, Senador por tantos años. Anselmo Sule -como se ha dicho acá-, una de las personalidades que honran a la política en Chile.

Así como en las nuestras, en cada bancada faltarán chilenos a quienes se echará de menos en esta Alta Cámara; lo pensamos muy sinceramente. No me

voy a referir a cada uno de ellos, porque ya lo hicieron dos de mis Honorables colegas y no pretendo superar su elocuencia y finura.

Quiero, sin embargo, decir que hemos dado un paso en una dimensión que considero muy importante: no hay democracia si no se cultiva la amistad cívica, que es un intangible y a la que a veces, cuando se mira la televisión, se confunde con la falta de diferencias; incluso, algunos pueden llegar a confundirla con la debilidad en los propios principios. Y no es así. La amistad cívica es factible cuando se tienen principios sólidos; entre otros, el principio fundamental de que debemos construir un país donde no sobra nadie y donde queremos que efectivamente manden las mayorías, con pleno respeto a los derechos de cada cual.

A modo puramente ejemplar, deseo singularizar en el Honorable señor Larre, con quien me ha tocado trabajar más que con otros señores Senadores -ello, por el simple hecho de que, aquí, uno labora más en las Comisiones que en otra parte- esa combinación, que han tenido tantos de Sus Señorías, de defensa de los principios propios y de búsqueda de soluciones para todos. Considero que ésa ha sido una de las características que todos hemos intentado desarrollar en estos años.

En nombre de todos nosotros, deseo dejar testimonio de que, sin perjuicio de las posiciones claras que hemos asumido respecto de instituciones que todavía están presentes aquí, como la de los Senadores designados, eso no significa que no reconozcamos el aporte individual y personal de cada uno de ellos para construir precisamente ese espíritu de amistad cívica, que, a mi juicio, todavía no está permeando a nuestra sociedad. Ésta aún mantiene temores, diferencias, incertidumbres, quizás muy grandes. Pero vamos a construir una nación en la medida en que recuperemos el viejo estilo republicano, donde en la diversidad, en el principio democrático, en la tolerancia, en el respeto mutuo, podamos estructurar una patria para todos.

A nuestros colegas que se van quiero desear la mejor ventura personal -y trasmito nuestros saludos a sus familias; porque la vida del Parlamento implica normalmente también el tener sólidos apoyos familiares-, expresándoles que esperamos que sigan sirviendo a Chile, seguramente desde nuevos destinos y horizontes, como lo han hecho durante los últimos ocho años.

He dicho.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Honorable señor Thayer.

El señor THAYER.- Señor Presidente, ocuparé muy poco tiempo, porque, estando en una sesión especial destinada a despedirnos, lo peor que podríamos hacer sería “ponernos pesados” y quedarnos más tiempo.

Por eso, sólo quiero, primero, agradecer a Sus Señorías, sin excepción, por lo que de todos he recibido y darles excusas por el tiempo que pueda haberles hecho perder con mis intervenciones.

Confieso que llevo muy dentro, entre pecho y espalda, una vocación de profesor, bastante fracasada probablemente, porque tengo la tendencia a que mis intervenciones duren cuarenta y cinco minutos, o sea, una hora de clases, y muchas veces me ha correspondido actuar donde no debe hablarse todo ese tiempo. Sin embargo, los Diarios de Sesiones no mienten, y en ellos podrá verse que sufro un poco la consecuencia de cierta tradición. Creo que no soy el que más me demoro. Empero, no quiero tardar ahora en salvar una omisión.

Doy mi adiós a esta Corporación, porque al Senado como tal no vuelvo. No le doy, ciertamente, mi adiós a los amigos Senadores, puesto que con los más de ellos, ojalá con todos, tendré oportunidad de verme en otras circunstancias. Con muchos mantengo amistad muy antigua. Diviso a mi querido sobrino en segundo grado, el Senador señor Piñera, a quien tendré que ver -y muy gratamente- en muchas oportunidades; diviso también a su señora, mi querida sobrina y amiga.

Pero lo que confieso que voy a echar particularmente de menos, porque realmente veré menos, es al personal del Senado, a toda esa gente que nos ha contribuido, que ha colaborado con nosotros. Me ha tocado -como a muchos de los Senadores- compartir con ellos, especialmente el trabajo en Comisiones, en Secretaría. Y quiero que mis palabras de especial despedida sean para ese personal que tanto nos ha ayudado. Sé que interpreto el pensamiento de todos. No digo ninguna novedad. No obstante, quería señalarlo, pues, en realidad, es la despedida.

¡Qué me voy a estar despidiendo del Senador señor Valdés, si hemos sido amigos durante tanto tiempo y tuvimos oficina juntos! Sencillamente, creo haber discrepado de sus opiniones mucho menos de lo que él ha disentido de las mías. Lo que pasa es que no concordamos en cuanto al concepto de Senado, que para mí es mixto en un nuevo sentido. Aquí me he terminado por convencer: es mixto entre lo que es institucionalmente y es mixto entre lo que los Senadores quieren que sea. Y he defendido a un Senado que debe ser tal conforme a lo fijado en la Constitución Política y no con la práctica, que lo tira para volver a ser una rama del Congreso competidora de la Cámara de Diputados. Es una vieja discusión

que, afortunadamente para Sus Señorías, termina con mi alejamiento; sin embargo, espero que la reflexionen.

Y quiero incluir en mi despedida a los periodistas que cubren el acontecer del Senado. Ahí divisó a la señora Berta Morales, una institución acá, y a tantos periodistas que nos han acompañado, con coincidencias y discrepancias respecto a que la apreciación de que lo que se ha dicho no haya sido bien interpretado. No importa.

Toda esta reunión ha estado marcada por un factor indefectible, que traspasa todos los otros valores: la amistad auténtica. Creo que esta amistad se ha tejido tan bien acá porque el mundo -no sólo Chile- cambió sustancialmente en 1989 y nos correspondió entrar a convivir en un mundo nuevo a contar de 1990. Y estos ocho años han sido un período en que nos hemos acostumbrado a entender que el mundo y también nosotros somos distintos.

Y, por eso, al terminar, como me interesa escribir -y seguiré haciéndolo- quiero decirle a mi querido amigo el Senador señor Calderón que de los muchos instrumentos de escritura que he usado en mi vida con ninguno me he acomodado más que con la lapicera fuente que tuvo la amabilidad de regalarme el día que cumplí años, un 12 de octubre, hace dos años. Mil gracias Rolando, e incluyo en mi agradecimiento a todos mis amigos Senadores.

He dicho.

El señor ROMERO (Presidente).- Ruego nuevamente a Sus Señorías tener consideración por el tiempo de sus intervenciones.

Tiene la palabra el Senador señor Otero.

El señor OTERO.- Señor Presidente, voy a hablar en nombre de los Senadores de Renovación Nacional que nos vamos. Y es, como dice una frase, “donde mueren las palabras” cuando nace el sentimiento que brota del alma.

Estos años en el Senado han sido una lección humana extraordinaria. Estoy mirando frente a mí a personas que en una época consideré mis enemigos, de quienes me distanciaban profundas diferencias en los aciagos años 1970 a 1973. Ni ellos me conocían, ni yo los conocía. Esta Corporación me dio la oportunidad de aquilatar en profundidad su calidad humana y sentirme muy unido a ellos, al igual como nos sentimos todos los Senadores de Renovación Nacional.

Creo que aquí hay cosas que no se han dicho. Hemos aprendido a querernos y a estimarnos en nuestra propia diversidad. Hemos entendido que cada uno tiene el derecho a una personalidad distinta; pero cuando juramos en la Sala del

Senado lo hacemos para defender la República, la Constitución Política y sus leyes. Y tal vez valga la pena dejar constancia en este momento de que en más del 90 por ciento de los casos las leyes no tienen implicancia política, sino son de carácter técnico y se elaboran en Comisión. Y es ahí, en las Comisiones, donde uno pondera y aprecia la calidad humana, el patriotismo y el desinterés de los Senadores, lo que, lamentablemente, el público desconoce. Lo digo, porque he tenido la suerte de presidir tres Comisiones del Senado, y en todas ellas sus miembros han conformado siempre un equipo cuyo objetivo es aprobar la mejor legislación para el país, salvo cuando se ha tratado de materias de política contingente, en que obviamente se producen criterios distintos.

Los Senadores de Renovación Nacional que nos vamos queremos hacer presente un testimonio muy grande de gratitud a todo el personal del Senado. No podríamos cumplir nuestra labor sin esa ayuda generosa que nos prestan. Queremos agradecer fundamentalmente a los Secretarios de Comisiones y al personal que trabaja en ellas, quienes son nuestro brazo derecho. Son ellos los que nos ayudan en la difícil tarea de legislar, porque, aunque la gente no lo crea, cada uno de nosotros muchísimas veces, cuando se trataba de votar una ley, no dormíamos pensando en cuál era la mejor solución para el país.

Quiero en esta oportunidad -y permítaseme hacer este alcance- recordar a un hombre extraordinario, desgraciadamente ya fallecido: don Patricio Uslar, Secretario de la Comisión de Constitución, Legislación, Justicia y Reglamento del Senado, que nos ha legado un ejemplo probablemente imperecedero. Quizás, como Presidente de esa Comisión, en múltiples oportunidades hemos recibido, no el aplauso, pero sí el reconocimiento de nuestro pares; pero la labor extraordinaria de don Patricio Uslar y del señor José Luis Allende ha sido tan extraordinaria que faltan palabras para agradecerles lo suficiente.

Quisiéramos dar gracias a cada uno de ustedes, señores Senadores, por las ocasiones que nos brindaron para apreciarnos humanamente. Quisiera decir, por ejemplo, que la vida me dio la suerte de conocer a un Gabriel Valdés tan distinto del que veía en televisión y con quien nos ha unido un afecto que va mucho más allá de ser simplemente compañeros del Senado.

Hay tantos Senadores con los que ha convivido toda una vida y conocí de lejos: don Carlos Letelier, cuando era Presidente de la Corte de Apelaciones; Santiago Sinclair, cuando era mi subbrigadier y yo brigadier en el curso militar;

Sergio Fernández, en la Escuela de Derecho; don Ricardo Martín, cuando recién me iniciaba en las lides profesionales; Anselmo Sule; Ricardo Núñez, a quien también he conocido acá y he tenido la suerte de aquilatar toda su calidad humana y ver lo bien que se desempeñó en la Vicepresidencia del Senado. Y podría hablar de todos y cada uno de los señores Senadores, especialmente los de Renovación Nacional, que pese a que pueda aparecer distinto, hemos formado un conjunto de seres humanos movidos por los mismos ideales. Somos personas que tratamos, desde el fondo de nuestras almas, de hacer lo mejor posible por este país.

Hoy día, al irnos, creo que cada uno de nosotros puede mirarse al espejo y decir: “Misión cumplida”, con nosotros mismos, con nuestra Patria y, fundamentalmente, con nuestras familias. Considero que esta noche no hemos hecho un reconocimiento importante, el que todo el país debe, a nuestras mujeres e hijos. Porque, ¡por Dios! que es difícil ser esposa o hijo de un Parlamentario. Son ellos la fuerza de la familia que ha estado siempre detrás de todos y cada uno de nosotros. Al dejar esta Corporación, agradecemos a todos, sin excepción, el apoyo y valor que nos dieron.

Señores Senadores, hacemos votos por el éxito de los que llegarán a esta Alta Cámara. Quienes nos vamos podemos haberlo hecho bien, regular o mal; pero esta República merece que el Senado siga siendo el centro de la discusión, la luz, el desinterés y el patriotismo. Los Senadores de Renovación Nacional que abandonamos esta Sala deseamos a los que se quedan y a los que llegarán el mejor de los éxitos, por el bien de la República, el de nuestros hijos y nietos.

Muchas gracias.

El señor ROMERO (Presidente).- Gracias a usted, señor Senador, por sus conceptos y por su emoción.

Tiene la palabra el Honorable señor Calderón.

El señor CALDERÓN.- Señor Presidente, no pensaba intervenir en esta última sesión de despedida en el Senado de la República. Sin embargo, lo señalado por muchos señores Senadores me llevan a decir algo.

En primer lugar, deseo reafirmar conceptos aquí expresados por algunos Honorables colegas en cuanto a la amistad personal que ha nacido entre muchos de nosotros, y al entendimiento humano, por encima de nuestras diferencias e ideas. Para decirlo en palabras más precisas: creía que no podría entenderme con algunos Senadores. Sin embargo, lo he hecho con algunos “momios” y con otros no tan “momios”, y ha habido empatía con muchos de ellos. Pero no siempre ese

entendimiento humano se traduce en entendimiento político. Y ahí surge un problema, una distancia, que no pude comprender durante ocho años. Pienso que hay temas de país que deberían haber encontrado mayor consenso y entendimiento político entre todos nosotros. La realidad nos indica que había necesidad de llegar a tales entendimientos. Las elecciones últimas, por ejemplo, arrojaron grandes enseñanzas a ese respecto.

Al finalizar mi mandato, quiero expresar mi deseo de que en el próximo Parlamento, especialmente en el Senado, haya más entendimiento político en materias tan fundamentales como la profundización de la democracia, la justicia social, las libertades culturales. Es evidente que sobre esos grandes temas estamos lejos todavía de las grandes mayorías del país y de la sociedad.

Por ello, más que hacer difusión de la labor del Senado -es evidente que no la conoce nuestro país, y es necesario ponerla de relieve-, en la misma medida en que se avance en esas materias y los Senadores del próximo período legislen sobre ellas, tendrá más reconocimiento de la ciudadanía y del país esta gran institución de la República.

Señores Senadores, me despido de ustedes deseando mucho éxito tanto a los que se van como a los que se quedan, y agradeciéndoles todo lo que pudieron haber ayudado. La formación de uno nunca termina; siempre aprende. El Senado ha sido para el Senador que habla un aprendizaje más. Tengo a mi haber -creo- una larga labor social y siempre he tratado de realizarla sobre la base de principios, como alguien lo reconoció, cosa que también intenté llevar a cabo desde esta bancada.

Agradezco profundamente también a los funcionarios. Y no estoy diciendo palabras de buena crianza al final de mi mandato. Pienso que ha sido grande la generosidad de muchos de ellos; se han comportado en forma muy amable, y es evidente que la labor nuestra habría sido imposible sin ellos.

Estimados señores Senadores, hasta siempre. Y esta expresión, que algunos utilizan en otro sentido, yo la uso en su alcance más profundo y humano.

Muchas gracias.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Senador señor Larraín.

El señor LARRAÍN.- Señor Presidente, ya no hay tiempo para decir lo que uno piensa y siente. Por lo demás, ya está todo dicho, y muy bien dicho. Por eso, sólo me tomaré un breve instante agradecer a quienes se van, por lo que nos han brindado durante este tiempo.

Veinte son los señores Senadores que no continuarán con nosotros; varios han hecho un reconocimiento muy personal de cada uno de ellos y se ha expresado por qué les estamos agradecidos. Nos han dado mucho, y ese testimonio de años de trabajo en Comisiones, en la Sala o en pasillos nosotros lo atesoramos. ¡Así se van construyendo las instituciones!

Asimismo, deseo agradecer la invocación hecha de Jaime Guzmán. Para nosotros es muy importante y doloroso. Es quizás un ausente que estará siempre presente, porque nos anima el compromiso de hacer inútil el sacrificio que algunos hicieron de su vida.

Finalmente, y en forma muy particular, no puedo dejar de expresar en esta oportunidad mi gratitud personal -y creo representar también el pensamiento y sentimiento de don Beltrán Urenda- hacia quien hoy nos acompaña por última vez, nuestro amigo Eugenio Cantuarias, a quien debemos especial reconocimiento. Eugenio es un gran Senador. Pienso que no sólo la Octava Región pierde a un gran representante, a un hombre con el corazón puesto en ella, sino que todos nosotros perdemos a un gran Parlamentario. Hemos aprendido mucho de él en estos cuatro años. En lo personal, así ha sido, y le tengo por ello enorme gratitud y, particularmente, amistad. A veces, tuvimos diferencias, pero en ellas he aquilatado su gran calidad humana, además de su notable capacidad intelectual y condiciones políticas.

Por eso, al terminar esta sesión y este período, le expreso a Eugenio nuestro cariño, gratitud y reconocimiento.

He dicho.

El señor ROMERO (Presidente).- Tiene la palabra el Honorable señor Sinclair.

El señor SINCLAIR.- Señor Presidente y Honorables Senadores, con profunda emoción hago uso de la palabra en este Alto Hemiciclo, en nombre del Comité de Senadores Institucionales, con ocasión del término del período en que nos ha correspondido el honor de desempeñar los cargos de Senadores de la República.

Durante esta etapa, bastante prolongada pero que nos parece que sólo se inició ayer, hemos compartido una trascendente función de servicio público junto a Honorables ciudadanos, quienes, más allá de sus diferencias, han sabido anteponer siempre el interés de la patria en el momento de adoptar las decisiones más importantes.

Nos asiste la íntima convicción de que la existencia de Senadores institucionales constituye un elemento que ha fortalecido nuestra democracia, más allá de quienes sean las personas nominadas para ocupar estos cargos.

Honorables colegas, luego de haber tenido el honor de trabajar en el Senado de la República por espacio de ocho años, integrando distintas Comisiones técnicas, participando en elevados y respetuosos debates, aunque en más de una oportunidad el tema pudo haber sido altamente controvertido, cumplimos nuestro mandato constitucional con gran esperanza en el futuro de Chile y en su democracia.

Siempre en esta Corporación se ha mantenido un espíritu de tolerancia y respeto, tanto por las personas como por las ideas y opiniones diferentes. La calidad humana y la gran capacidad profesional y técnica de quienes permanecen en la Cámara Alta nos permiten avizorar una respetuosa convivencia y fecunda acción legislativa al servicio del bien común de nuestra patria.

Señor Presidente, gracias por los elogiosos conceptos vertidos por Su Señoría al iniciar la sesión de esta tarde respecto de los Senadores que ahora estamos pronto a dejar este Hemiciclo. Gracias por su gestión como Presidente del Senado, desarrollada con brillo y gran ecuanimidad.

Gracias, don Gabriel Valdés, por la fina y delicada semblanza que realizó de cada uno de nosotros. En verdad, no ha hecho otra cosa que demostrar su señorío y gran calidad de amigo.

Gracias, Sergio Díez, por las expresiones vertidas.

Gracias, en fin, a todos por la forma como se han explayado esta tarde, tan especial y conmovedora.

Gracias, Sergio Fernández, por el cariño con que te has despedido de nosotros. Realmente, constituye un orgullo para los Senadores institucionales que él continúe en la Cámara Alta, dando muestras de lo que fue un Senador institucional y de lo que será un Senador elegido.

Señor Presidente, no quiero terminar mis palabras sin antes aludir, con nuestro más profundo afecto, a todos los funcionarios que integran administrativamente esta Corporación, desde el señor Secretario del Senado hasta el más subalterno de los funcionarios. A ellos dirigimos nuestra más sincera expresión de gratitud por la ayuda que de una u otra forma y en toda circunstancia nos brindaron. Siempre nos impresionó su permanente disposición de servicio, así como la idoneidad y alta calidad con que cumplen sus funciones en el Congreso de la República.

Nos llevamos sus rostros en la retina de nuestros ojos, y les expresamos los mejores deseos de felicidad junto a sus distinguidas familias. Siempre podrán contar, queridos amigos, con nuestra modesta y mejor disposición para servirles.

A los representantes de la prensa y de los medios de comunicación social, gracias por su objetividad y por el profesionalismo con que siempre actuaron.

Finalmente, señores Senadores y estimados amigos, gracias por vuestra amistad, que nos ha enriquecido en estos ocho años que hemos permanecido junto a ustedes.

Gracias, señor Presidente.

El señor ROMERO (Presidente).- Señores Senadores, creo que hoy todos hemos quedado con un sentimiento muy particular y especial. Agradezco a todos su participación y sus palabras.

Habiéndose cumplido el objetivo que nos convocó, se levanta la sesión.

--Se levantó a las 21:11.

Manuel Ocaña Vergara,
Jefe de la Redacción